

## CONSEJO DE REDACCIÓN

*Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin*

## COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,  
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

*Director y editor responsable: P. Dr. Luis Baliña  
Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet  
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

# COMMUNIO

<i>Editorial</i>	<b>3</b>	<b>Las bodas de Caná</b>
<i>Joseph Ratzinger</i>	<b>9</b>	<b>El signo de Caná</b>
<i>Adalbert Rebic</i>	<b>17</b>	<b>El agua transformada en vino</b>
<i>M. Figura</i>	<b>27</b>	<b>La hora de Jesús en el evangelio de Juan</b>
<i>Juan M. Sara Albizu</i>	<b>37</b>	<b>Hans Urs von Balthasar: Fe cristiana y servicio al mundo</b>
<i>Alberto Espezel</i>	<b>55</b>	<b>Deseo y promesa</b>
<i>Tony Anatrella</i>	<b>73</b>	<b>Legislación y Género</b>
<i>M. F. Begué</i>	<b>93</b>	<b>Adiós y Gracias</b>

# HANS URS von BALTHASAR: FE CRISTIANA Y SERVICIO AL MUNDO

*“El Padre es más grande que yo” (Jn 14,28)  
El «más» como forma expresiva del Amor divino\**

*Juan M. Sara Albizu\*\**

“Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es más grande que yo” (Jn 14, 28b). Es la primera vez que hablo en esta tierra, la tierra que legó a quienes nacimos del otro lado del océano una lengua y un ser y sentir con la Iglesia universal<sup>1</sup>. Con alegría y agradecimiento, pues, quisiera decirles algo sobre este comparativo, este “más grande”, que Jesús usa para expresar su relación con el Padre, y así expresar quién es Él y quiénes somos nosotros. Mi tarea es indicar algunos aspectos del misterio de Dios que se iluminaron en la misión conjunta de Adrienne von Speyr y Hans Urs von Balthasar. Mis palabras no son más que un comentario, una presentación de su palabra.

---

\* Ponencia para el congreso sobre la teología del P.Balthasar que tuvo lugar en Madrid el 18-19 de marzo de 2006.

\*\* Juan Manuel Sara, argentino, estudios de doctorado en la Pontificia Universidad Gregoriana sobre *Forma y Amor, un estudio metafísico sobre la Trilogía de Hans Urs von Balthasar* (1999). Actualmente trabaja en la Fundación San Juan.

<sup>1</sup> “*Sentire cum ecclesia: how often one finds that this is a true guide*” (sentir con la Iglesia: cuán a menudo realizamos que ese sentir es una guía verdadera. Traducción nuestra), en: *The letters of J.R.R. Tolkien*, Edited by Humphrey Carpenter, Boston. New York, draft to C. S. Lewis, p. 62.

“El Padre es más grande que yo” nos abre la puerta de la vida interior de Dios mismo, en cuanto deja traslucir la actitud permanente y constitutiva del Hijo: vivir en un eterno asombro infantil. Él es “más grande”, irrecuperablemente más grande, pues es el origen y el fin del Hijo, y, en Él, de toda su creación. En esas palabras Jesús nos indica una relación muy íntima entre su ser Hijo, su ser Niño, su depender por completo del Otro y la manifestación de esa cualidad interior del Padre de ser “más grande” que Él, de ser el origen que es “siempre más”, de ser fuente plena y sobreabundante, vida infinitamente fecunda. Trataremos de permanecer en esa elipse o forma decisiva entre su Ser siempre mayor y nuestro devenir hijos y niños del Altísimo. Pues el arte de ser cristiano en la vida cotidiana se realiza o muere en el permanecer o abandonar esa forma:

“El hombre que nació de Dios... vive de que Dios es el Siempre mayor”

Adrienne von Speyr, *La Palabra se hace carne*, 146.

### **Fe cristiana y servicio al mundo en *Deus Caritas Est***

El Santo Padre nos mueve y promueve en su primera encíclica, programática para su pontificado, a volver nuestra mirada al misterio central del Dios que es Amor. Él desea que nuestros “ojos simples” vuelvan a detenerse en el fuego de Dios, para así ser capaces de despertar una vitalidad nueva en la respuesta práctica del hombre de hoy al Amor divino.

Sus primeras palabras son las del Evangelista Juan, las palabras centrales de la Revelación cristiana: “Nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es amor, y quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios permanece en él” (1 Jn 4,16).

Fe cristiana, nos dice DCE, es la respuesta amorosa del hombre al amor con que es amado por Dios, desde siempre (“hemos conocido y creído” en su amor). El origen del ser cristiano, pues, no es una decisión ética ni una idea intelectual, sino el encuentro único y decisivo con Jesucristo, Hijo del Padre. Creyendo, o sea donándonos con confianza a Él, descubrimos y realizamos que “Dios es amor” en sí mismo, es amor substancial, que su forma propia es amor. Y el fuego de ese amor, que nos abraza y nos purifica siempre de nuevo, nos permite vivir en la reciprocidad de esa mutua permanencia: nosotros en Dios y Dios en nosotros.

El servicio cristiano al mundo nace de esta experiencia personal y eclesial. Servicio es anunciar y comunicar esta “comunión con el Padre y el Hijo” a todo hombre, al hermano por el que el Hijo de Dios murió. Este servicio es un actuar del amor que era en el origen, que el cristiano ha tocado, visto y oído (1 Jn 1-4). En esta tarea, el hombre se transforma en Iglesia, en *anima ecclesiastica*, (en alma “eclesioforme”: Orígenes, *Homilías sobre el Cantar de los Cantares*). Y así su actuar expresa al Amor trinitario.

Vivimos y somos parte de un mundo, nos dice Benedicto XVI, que oscila entre una tiranía del relativismo y un abuso del nombre de Dios al usarlo para justificar la venganza e incluso la necesidad de odiar y violentar al otro. Por eso, lo que este mundo necesita con más urgencia no son nuevas instituciones ni nuevos programas, sino, por ingenuo que parezca, la mirada siempre nueva del amor:

“Yo veo con Cristo y puedo darle al otro más que las cosas exteriormente necesarias, puedo darle la mirada del amor que él necesita. Aquí aparece la necesaria interacción entre el amor de Dios y el amor al prójimo, de la que habla con tanta urgencia la *Primera Carta de san Juan*.” (DCE § 18).

Aquí entra en escena el autor que nos ocupa. P. Balthasar recibió el don y la tarea de iluminar aspectos centrales de la Revelación divina, de mirar al “santo misterio público” de Dios y de la creatura con la mirada siempre nueva del amor. La Iglesia medita y discierne

hoy la sobreabundancia de su legado. Esta misión alcanzó su forma madura –como ya hemos escuchado en este congreso- por la mediación de Adrienne von Speyr. Gracias a ella, él comprendió y emprendió decisivamente el “camino que cumple” la misión de san Ignacio de Loyola (su padre en la fe, cuyo ministerio es el servicio u obediencia al Dios siempre mayor) al unirse con la misión de san Juan (el discípulo que Jesús amaba, cuyo ministerio es el amor). La unidad (que conserva la diferencia) de estos santos es la forma de vida concreta en la que para él se abrió el misterio del Amor siempre mayor.

### **El misterio del Dios-Amor**

#### ***Ecce ancilla Domini***

Para poder volver a percibir el misterio de Dios con ojos nuevos, Balthasar y Adrienne nos proponen el acceso más tradicional, el acceso primordial: entrar en la actitud de donación perfecta de la Madre de Dios, en la simplicidad del sí de la “sierva del Señor”. En María este sí es a la vez la gracia más alta y el servicio humano más extremo; es fe, esperanza y caridad en unidad; es el voto cristiano originario; es la síntesis de amor y obediencia, de la misión de Juan y la de Ignacio. La genialidad de María consistió en no haberse presentado a sí misma como madre, o como virgen, como reina o como esposa, sino como sierva, como *ancilla*. Ella es y quiere ser pura transparencia, no quiere absorber ninguna luz en sí misma, sino que todo en ella haga brillar la grandeza de Dios. Ella es pura *disponibilidad*, es obediencia de amor perfecta, y así deja a Dios ser Dios en ella. (Hans Urs von Balthasar, *Erster Blick auf Adrienne von Speyr*).

María es, por tanto, la niña, la hija perfecta, porque es sí misma recibéndose por completo de Dios, su devenir sí misma acontece por su puro recibirse a sí misma desde Dios (Ferdinand Ulrich, *Der Mensch als Anfang*). Ella no huye hacia el infantilismo del mero recibir pasivo, ni hacia la falsa adultez del actuar y realizarse por sí misma. Ella experimenta la bondad infinita de Dios y la recibe, la concien-

be, y la deja actuar en ella con toda la fuerza de su corazón. Y siendo hija, recibíendose por completo en todo lo que es, hace y desea, Dios la transforma en madre dolorosa, en mujer del Apocalipsis, en reina del cielo, en madre de todos los creyentes: la asocia por completo a la tarea redentora de su Hijo.

Esta disponibilidad de niña y sierva engrandece al mismo Señor, glorifica al Señor (Deus Caritas Est): *magnificat anima mea Dominum*. El ser siempre mayor de Dios crece en ella, en su devenir hija del Altísimo. Su ser niña deja, permite que la fuerza del Altísimo sea fecunda en ella, y así concibe y da a luz al Hijo de Dios por la fuerza del Espíritu. En María coinciden la filiación perfecta con la fecundidad perfecta de Dios en el hombre: ella vive por completo del ser siempre más grande de Dios, la fecundidad interna de Dios da fruto en su seno virginal inmaculado y la transforma en Madre de Dios, en *Theotokos*. Ella es “la niña fecunda” (H. U. von Balthasar, *Si no hacéis como este Niño*):

“El hombre que nació de Dios... vive de que Dios es el Siempre mayor.”

## Gloria de Dios y filiación

El misterio del Dios cristiano no es un *tremendum*, ni un *fascinosum*, sino ante todo un *adorandum* (H 2,2, 249). Cuando el Dios vivo se manifiesta, cuando la fuerza de su ser aparece, el hombre se postra y lo adora, como la única respuesta posible al peso tres veces santo de su gloria. El inicio real es el encuentro con la Persona del Hijo, la Revelación viva del amor del Padre en la luz del Espíritu Santo de Dios.

“Quien ve al Hijo, ve al Padre”. Juan, el discípulo que Jesús amaba, nos da testimonio de la unidad de cruz y gloria. Él percibió el amor del Padre en el fin de la misión terrena del Hijo, en la donación extrema de la cruz. Él no percibió en ese momento culminante el derrumbe nihilista del Hijo, ni la fuga impaciente de un Jesús gnóstico,

sino el permanecer de su actitud central: su obediencia de amor. Ese permanecer del amor del Hijo asume y quema en sí toda la deformidad del pecado y la desobediencia de todos los hombres, todo el horror de la historia, en el sufrimiento real de la cruz.

Esta unidad de cruz y gloria en su obediencia al Padre es la forma de todas las formas, la forma estética por antonomasia, es la concentración estética más fuerte de forma y luz. Éste es el centro desde el cual Balthasar concibió su Estética teológica como inicio de su trilogía. En su *Unser Auftrag (Nuestra tarea)* nos dice que unas palabras de Adrienne del año 1948 fueron fundamentales para percibir esta unidad como inicio de la trilogía:

“La encarnación del Hijo no disminuye su gloria, sino que la acentúa, la hace brillar aún más, pero por medio de una donación, de una renuncia a su propia gloria. Sería falso pensar que durante el tiempo de esa donación, el Padre y el Espíritu -por su parte- retuvieran aún más fuertemente su propia gloria. Pues en la donación del Hijo está en juego todo el Dios trino, se trata de una acción y una actitud de Dios mismo. Y si Él pone el mandamiento de la solidaridad en el corazón de los hombres –en especial cuando un miembro sufre-, sería muy extraño que el creador de ese mandamiento lo considerase superfluo para sí mismo” (A.v. Speyr, *Erde und Himmel*, II, 473, citado en *Unser Auftrag*, Einsiedeln 1984, 90).

En la ruptura de la cruz, Juan percibe la unidad viva; en la renuncia a la propia gloria, el crecimiento de la gloria mutua; en la oposición, el consentimiento del amor; en la paciencia sumisa (*submissus*) del Hijo, el fondo que todo lo sostiene: el amor del Dios trino anterior a la creación del mundo. “En su muerte de cruz se cumple esa re-volutio, ese cambio, esa oposición de Dios contra sí mismo, en el que Él se dona, para poder acoger y salvar a los hombres: amor en su forma más radical” (DCE 12). Juan nos da testimonio de que ese amor no sólo cae desde arriba sobre la obediencia del Hijo, sino que irrumpe desde su interior, desde lo más profundo de su obe-

diencia (H. 2,2, 231), y así se transforma en luz que transfigura al siervo en Señor de la Nueva Alianza. Aquí tiene lugar el acontecimiento estético por excelencia: el aparecer luminoso del fondo infundamentado en la superficie del mundo antiodivino. Todo el fondo, todo el amor del Padre aparece y brilla en el Verbo hecho *carne*. Ésta es la glorificación del Padre en la carne, la culminación de la encarnación como glorificación del amor paciente y obediente. Por eso acontece la re-volutio central de la historia humana y divina, surge de repente la novedad: el Padre glorifica a su Hijo encarnado, como desde siempre ha glorificado a su Hijo eterno: “Si Dios es glorificado en Él (en el Hijo del hombre), entonces Dios también lo glorificará en sí mismo, y en verdad lo glorificará pronto” (Jn 13, 32) (H 2,2, 229). La gloria implícita en la cruz, se hace evidente en la absolución de la Resurrección.

Lo último, entonces, lo extremo, la gloria del Amor de Dios, brilla por Cristo en nuestro presente, es una gloria que está siempre llegando en la presencia del Espíritu Santo. Esta luz, sobre la cual nada puede ser más gloriosa, quiere infundirse en nosotros ya ahora y así transformarnos en “una capacidad creciente de dejarnos cumplir por la desmesura de su luz viva”, de la luz de la esencia de Dios como siempre más (Adrienne von Speyr, *La Palabra se hace carne*, 56). Esta presencia de lo definitivo, este extremo-escatológico que vive ya en la vida cotidiana del hombre que cree, espera y ama, es “en su simplicidad luminosa la fuente auténtica de la belleza de la Nueva Alianza” (H 2, 2, 17). Una simplicidad creciente, siempre nueva, sorprendente. A los que sufren con Él, en su nombre, se les dice que han de exultar de alegría, ya ahora en su sufrimiento, pues en ellos vive “el Espíritu de la gloria y el Espíritu de Dios” (1 Pe 4, 14). En esa unidad de cruz y gloria se presenta la novedad del Amor de Dios, que es novedad en sí misma, y por eso hace nuevas todas las cosas: transfigura la muerte del pecado en la luz del amor siempre mayor; la fragilidad del dolor humano, en la alegría esperanzada de los hijos de Dios. La Antigua Alianza se transforma desde dentro en la Nueva y Eterna Alianza de Dios y hombre.

Dejarse incorporar a esa gloria presente es la creatividad más grande y más luminosa del hombre. Es respuesta de fe, esperanza y caridad del hombre a la mutua glorificación de Padre e Hijo. Es *sequela Christi*, es poder ser pobres con Jesús como la riqueza más íntima del hombre. Y gracias al cumplimiento del Hijo, Dios Padre abre este poder ser pobre, este poder sufrir con Él, como una posibilidad real universal. Ambos pueden enviar a su Espíritu mutuo para transformar esa posibilidad en realidad (H. 2,2, 365).

El arte cristiano es realizar ese Amor último, escatológico, (más real del cual nada puede ser realizado) en la simplicidad del amor al prójimo, en el vaso de agua, en el pan compartido. Pues Cristo, el Hijo de Dios, es nuestro hermano: “Él es el Tú de Dios y un tú entre los hombres”. Desde su encarnación no existe otro acceso al mundo de Dios que no sea el amor al prójimo (H 2,2, 285-286). En ese amor al otro, el cristiano hace brillar la luz del Otro, gracias a su arte, a su creatividad. Pasando al otro la llama frágil de su amor, da testimonio de que Dios es “la luz, y en Él no existen las tinieblas” (1 Jn 1,5). Ese arte se cumple en el permanecer en la luz, en el caminar en la luz: “Quien afirma que está en la luz, pero odia a su hermano, todavía camina en la tinieblas. Quien ama a su hermano, permanece en la luz” (1 Jn 2,9-10). Quien comunica la luz de Dios al prójimo rompe ya ahora el límite de la muerte, y así hace crecer, glorifica su luz: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos” (1 Jn 3,14). Esa confianza concreta en la luz omnipotente del amor de Dios nos transforma en sus hijos: “Todo el que cree que Jesús es el Mesías ha nacido de Dios, y todo el que ama al Padre (que genera) ama también a sus hijos (los que son generados por Él)” (1 Jn 5,1).

Este es el fin último de la creatividad infinita de la Gloria de Dios: el hacernos sus hijos ya en la tierra y de un modo nuevo, pero no distinto, en el cielo. El Espíritu que escruta la profundidad abismal del amor del Padre e Hijo nos es donado como propio (1 Co 2, 6-16). Él nos hace participar de su Gloria y nos hace sus hijos gracias a la

mediación de la Iglesia, nuestra Madre, a imagen de la encarnación del Hijo en el seno de la Virgen Madre. Y como su gloria no sólo cayó sobre el Hijo encarnado desde arriba, sino que irrumpió desde el interior de su obediencia humilde y paciente, así también esa misma gloria no sólo brillará exteriormente en sus hijos, sino que se transformará en propia, en “nuestra gloria” (2,7). Esa gloria esperada por el hombre e inventada por Dios, que ningún ojo vio, ningún oído escuchó, ni corazón humano jamás concibió, es puro don de Dios a los que le aman (2,9), y en Él se aman. Y lo que ahora ya gozamos de esa plenitud sorprendente, en su presencia definitiva en el cielo nos sorprenderá aún más, “Dios será todo en todos”: “Queridos, ahora somos hijos de Dios. Lo que seremos en el futuro aún no se ha hecho manifiesto. Pero sabemos, sin embargo, que cuando Él se manifieste seremos semejantes a Él, pues le veremos así como Él es” (1 Jn 3,2). (H 2,2, 492-494).

### **Bondad de Dios y filiación**

El amor que se muestra como gloria al mismo tiempo se da, se comparte, y su donación sin reservas quiere despertar y vivificar la donación libre de su creatura, para así realizarse como bondad plena. Cristo, como personaje central del drama entre la libertad divina y la humana, quiere abrirnos al amor del Padre, fuente de toda libertad. Ésa es su acción. Esa comunicación se realiza en la misión del Hijo y es actuada por el Espíritu Santo. En su *misión*, el Hijo se dona y nos incorpora en su *procesión* filial, en su eterno ser engendrado por el Padre<sup>2</sup>. Ése es el fin último y la intención primera del actuar de Dios.

---

<sup>2</sup> “*Sicut processio temporalis non est alia quam processio aeterna essentialiter, sed addit aliquem respectum ad effectum temporalem, ita etiam missio visibilis non est alia essentialiter ab invisibili missione*” I d 16 q 1 a 1 sol. Con respecto al envío en el mundo del Hijo y del Espíritu: “*utraque processio dicitur missio*” I d 15 q 4 a 1 sol.

Su bondad realiza su ser siempre mayor al hacer de hombres pecadores hijos en el Hijo, por medio de la santa obediencia.

“El Padre es más grande que yo”. Esto no expresa ningún subordinacionismo (el Hijo es menos Dios que el Padre), sino la ternura de la relación real entre Padre e Hijo en el tiempo y en la eternidad (*Dios de Dios, Luz de Luz*). El interior de Dios es un ámbito de oración, de reverencia, de adoración. Dios no sólo es un *adorandum* para el hombre, sino para Él mismo. Esas palabras del Hijo nos dicen quién es Él y quién es el Padre, en cuanto nos muestran cómo actúan el uno con el otro, y ambos con el hombre. Ese reconocimiento de la grandeza del Padre nos comunica algo del eterno generar y del eterno ser generado de Dios.

“La generación es ya co-actuada por el mismo Hijo, en cuanto Él se deja generar, se mantiene disponible para dejarse generar. Y en el interior de esas relaciones de la naturaleza divina todo es recapitulado en las relaciones libres”. En este dejar-se generar como co-actuación de su ser, el Hijo nos comunica el *origen de su obediencia* encarnada al Padre como su razón de ser, como la identidad de su Persona: “El Hijo no hace nada con más amor (en la tierra) que cumplir la voluntad del Padre, porque Él la cumple ya en su ser generado”. En la obediencia encarnada (*missio*) del Hijo vemos y se realiza su eterno dejar-se generar y su eterno ser generado (*processio*). En la donación del Hijo se comunica, crece y se cumple la donación originaria del Padre como amor gratuito por excelencia (Juan 3, 16). El origen del Hijo es la donación del Padre, al que el Hijo responde con su propia donación total al Padre y al mundo: “Y tanto donación como acogimiento contienen la gratitud, el agradecimiento. Pues ya en el acto generativo del Padre existe un agradecimiento al Hijo, porque quiere dejarse generar, como en el dejarse generar del Hijo existe un agradecimiento al Padre, porque lo quiere generar” (Adrienne von Speyr, *El mundo de la oración*, 59.194, citado en TD IV 76).

La obediencia temporal del Hijo, entonces, es la actuación de su dejar-se generar eterno, y así es la actuación en la carne humana de

su nacimiento del Padre. Comunicándonos su obediencia, Él nos comunica su ser y su realizarse Hijo, su filiación, y en Él, con Él y por Él el Padre puede transformarnos en sus hijos por la fuerza del Espíritu Santo, que en la economía de la salvación es el agente de la transposición del dejarse generar en el “idioma” de la obediencia. Obedeciendo al Hijo, por nuestra parte, dejamos que la voluntad del Padre se cumpla en nosotros por medio de ese mismo Espíritu: que su criatura permanezca en la permanencia mutua de Padre e Hijo. “Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros, ¡permaneced en mi amor! Si guardáis mis mandamientos (*entole*), permaneceréis en mi amor, como yo he cumplido los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor” (Jn 15, 9-10).

Éste es el fruto, la novedad del Nuevo Testamento. La misión del Hijo introdujo una novedad en Dios mismo y en la vida de los hombres, gracias a la novedad siempre nueva de su eterno ser generado por el Padre: “lo nuevo, el cambio, consiste ante todo en que el juicio es asumido y superado en el amor. Es superado por la cruz. El amor irrumpe desde la justicia, desde la ley, desde el juicio. La vida surge desde la muerte.” (Adrienne von Speyr, 2 Jn. 191; citado en TD IV 471). Y en su Vida, nuestra vida nueva de hijos.

### **Verdad de Dios y filiación**

La verdad es el develamiento de la realidad viva y vivida. La verdad de Dios es el develamiento del fondo abismal del amor del Padre en la vida-muerte-resurrección de su Hijo, en el cumplimiento de su misión en la unidad del Espíritu Santo. El develamiento de Dios quiere ser concebido por su criatura, su manifestación apunta hasta este extremo: ella quiere ser concebida (comprendida y respondida) por el hombre, que es el otro, el miembro finito de la Alianza. La plenitud de la verdad de Dios, entonces, promueve y se cumple en la filiación:

“La verdad se transforma en plenitud cuando todo el Padre se explica y se devela en todo el Hijo encarnado, y esa plenitud puede ser recibida y concebida por el hombre por medio del Espíritu Santo. ‘Nadie ha visto a Dios, el Hijo único, que es hacia el seno del Padre, Él lo ha dado a conocer, lo ha explicado’, y explicándolo lo ha comunicado de tal modo que nosotros podemos participar en su filiación (TL II 22).

Cuando Dios se devela, se explica en su Hijo, aparece el misterio fontal del corazón del Padre. El fin, la filiación de la criatura, nos abre el inicio, la donación originaria del Padre en su Hijo. El misterio de la filiación vive y nos devela el misterio fontal por excelencia: el misterio del Padre.

Dios, develándose, se muestra como misterio absoluto. Él es “más”, es anterior y superior a todo lo pensado, es irrecuperablemente mayor, es anterior a todo lo que puede ser pensado (“imprensable e inimaginable”). Y el origen de esta cualidad del misterio de Dios es el misterio arcano del Padre, “plenitud fontal” por excelencia. La Persona del Padre no es un poder absoluto cerrado en sí (arrianismo) ni un poder aún imperfecto en sí que ha de devenir absoluto “fuera” de sí (hegelianismo), sino que Él *es* donándose a su Hijo, y con y por su Hijo donándose al Espíritu. El origen de Dios es la donación gratuita del Padre, que se cumple al ser recibida en el Hijo y en el Espíritu y restituida por ellos a la Persona principal, al Padre. Y en esta mutua donación, acogimiento y restitución subsiste la esencia única de Dios. Pero tanto el Hijo como el Espíritu, en todo lo que son y develan, sólo quieren develar el corazón infinitamente misericordioso y justo del Padre como origen inoriginado, como aquello mayor de lo cual nada puede ser pensado (“*ut nec major (misericordia) nec justior cogitari possit*”: Anselmo, *Cur Deus Homo* II, 20, citado en H II, 237).

El dar-se total y fontal del Padre es la razón última del por qué el Dios vivo permanece siempre incomprendible y mayor que cualquier comprensión. Esa donación originaria lo devela como el amor en absoluto, infundamentado, gratuito por excelencia. En la donación

del Hijo y del Espíritu comprendemos que el Origen, en el que ambos son y viven, es incomprendible por la plenitud creciente de su riqueza fontal (*rationabiliter comprehendit incomprehensibile esse*, Anselmo). “Todo lo interior y exterior a Dios procede ‘*a secreto Patris arcanoque*’ (DS 491)” (TL II 127-128). Este amor fontal del Padre es el origen y el fuego primordial del ser siempre-más de Dios mismo.

Y este milagro del amor -ser donándose, ni antes ni después- crece y se cumple en la respuesta del Hijo, y vuelve a cumplirse de un modo sorpresivo y excesivo en la comunión consumada de ambos, en el surgimiento del Espíritu como fruto objetivo y quintaesencia de su mutuo amor. El Espíritu es la sobreabundancia gratuita de ese amor mutuo, la sorpresa última que remite al impulso primero, el Espíritu es el ser siempre-más en Persona y así se revela lo extremo: que Dios es “*Deus semper major*, no sólo para nosotros, sino para Dios mismo” (TL III 146).

Él, como siempre-más en Persona, como don sustantivado del don mutuo de Padre e Hijo, se introduce en nuestros corazones y permite el despuntar del sí de la criatura a su Creador. El hombre deja a Dios ser fecundo en él, y el primer fruto es la transformación del hombre viejo y pecador en su hijo. Por el Espíritu, el “más”, la fecundidad de Dios actúa en su criatura sin violentarla, hace que ella coopere en el trabajo de dejar atrás su alienación y gritar desde lo más interior: “Abbá, amado Padre”.

El ser hijos es el lugar del hombre en la verdad de Dios, en este mundo y en la eternidad. Nacidos a la vida nueva de Dios por el infundirse del Espíritu en nosotros (Rom 5,5), vivimos ya ahora en la misma forma del Espíritu: existimos en el fuego del amor mutuo de Padre e Hijo en el que ellos se encuentran (aspecto subjetivo del Espíritu) y a la vez somos testigos y glorificadores de ese amor (aspecto objetivo). El Espíritu, por su parte, no quiere comunicarnos otra cosa que la gloria del Hijo único, quiere que vivamos en ella, seamos sus hermanos (Juan 16, 13-15). Pues, viviendo en esa gloria filial, se manifiesta y se dona “la apertura perfecta en el eterno siempre-más

del Padre” (Adrienne von Speyr, 3 Jo 132), el abismo de la gloria de amor del Padre invisible (TL III, 410).

La búsqueda de la verdad filosófica no es negada, pues, en la filiación, sino elevada en el investigar del Espíritu en la profundidad infinita del amor del Padre y del Hijo. La libertad con la que el Espíritu penetra e investiga en las profundidades de Dios se transforma, en la filiación, en nuestra búsqueda y en nuestro deambular infinito en el ser de Dios (1 Co 2, 10-16). La tarea filosófica de sentir con-, de ocuparse de- y de hacer crecer a los trascendentales en el servicio cristiano al prójimo –toda la belleza, el bien y la verdad de este mundo-, se conserva y se cumple en el hacer crecer (*magnificat*) la gloria, la gratuidad y el develamiento del Amor siempre mayor: “Quien nació de Dios... vive de que Dios es el Siempre-mayor”.

### **Conclusión: “vamos, volvamos al Padre”, y vivamos en Él**

El recorrido circular a través de la gloria, la bondad y la verdad de Dios nos iluminó el misterio permanente de su esencia más íntima: “Dios es amor” y nada más. Ese amor es fuego sagrado, es acción contemplativa, es libertad creativa, es unidad de ser y devenir, es fuente plena que siempre mana, es misericordia justa e infinita. En Jesucristo, el Ser-Amor de Dios nos reveló su cualidad más íntima: su ser siempre mayor (*semper major*), siempre más (*semper magis*). La tarea de Jesús en el mundo fue -y lo será siempre- despertar nuestra fe en su Persona, en su ser Hijo del Padre que está en el cielo, en su ser Dios de Dios, Luz de Luz. Quien cree en Jesús, ha nacido de Dios, y siendo hijo ama al Padre y a todos los que provienen de Él, sus hermanos (1 Jn 5). Creyendo en la filiación de Jesús, entregándonos a su Persona, recibimos todo, ya ahora y de un modo nuevo en la eternidad: ver el amor siempre mayor del Padre, del Hijo y del Espíritu y en ese amor transformarnos y vivir como sus hijos.

El origen del siempre-más es el amor fontal del Padre, su corazón: ‘nada más justo ni más misericordioso puede ser pensado’. El

milagro de su Persona es que Él es donándose, 'ni antes ni después'. El Padre no quiere ni puede amarse solo y a sí mismo. Él osa ir más allá de sí, osa donar toda su divinidad al Otro, generándolo como su Hijo. Él cierra los ojos y espera la respuesta. Y la respuesta es la Persona del Hijo, cumplimiento sobreabundante de su espera, realidad que supera su deseo más profundo. El Hijo es la 'feliz sorpresa' por excelencia. Y en el fruto, en el acontecimiento, en el re-sultado (de re-saltar) de la generación del Hijo aparece por primera vez y en toda su plenitud el siempre-más del Ser divino. El "más" del amor del Padre se cumple únicamente en el "más" de la respuesta de su Hijo, en su co-actuar su propia generación junto con el Padre, en su dejar que el Padre cumpla su deseo, su voluntad más profunda: generar y amar a su Hijo en la unidad de la esencia divina. Y la sobreabundancia de ese amor recíproco -de una ternura divina, superior a toda necesidad y libertad mundanas- genera como sorpresa gratuita al Espíritu Santo: fruto y quintaesencia del ser-amor divino, libertad divina y gratuidad pura en Persona. En esta mutua entrega y acogimiento, espera y cumplimiento desbordante, en ese generar y dejarse generar, vive y crece -no se altera ni muta- la única esencia divina. Dios es amor como forma viva. Dios es siempre mayor en y para sí mismo. Y lo que Él es en sí, quiere serlo en y con nosotros. Lo que Él ha realizado en y con María, quiere realizarlo en y con nosotros.

Para Balthasar la historia es la revelación, *apocalypsis*, de las decisiones profundas y significativas del hombre: en última instancia, por Dios o por la nada. Históricamente, vivimos en una época marcada -en su aspecto negativo- por la explosión interior del llamado hombre moderno. En la segunda guerra mundial, el hombre de occidente terminó de romperse el corazón contra su propio 'no'. ¿Cuál fue ese 'no' y contra quién fue dicho? Ferdinand Ulrich, compañero de camino de nuestro autor, nos enseña en su *Homo Abyssus* que el destino de la modernidad -que desembocó en esa ruptura nihilista- nació y vivió de una decisión nihilista fundamental, cuyas consecuencias repercuten aún hoy: negar la potencia (*possum*) absoluta y siempre nueva del amor del Padre. El amor de Dios -nos susurra la

tentación siempre antigua y siempre nueva- es impotente en el mundo, porque existe, en realidad, una secreta “impotencia en la paternidad de Dios”. Dios no brilla en este mundo, porque *no puede* brillar en sí mismo: el Padre no puede darse por completo en su Hijo y a la vez ser Él mismo. Existe en Él una impotencia originaria, un no-poder-ser-donándose por completo. El eco de esta impotencia es la imposibilidad de donarse y salvar realmente a su creación, de hacerla participar en su donación interior. En este sentido, la modernidad fue post-cristiana, pues no quiso ni pudo permanecer en el sí redentor del Hijo al sí total del Padre.

La rebelión contra ese Dios avaro movió al hombre moderno a tener que contradecir a ese Origen para ser original, para ser adulto, libre y creativo. El mundo, en consecuencia, se oscureció, pues la luz brilla por un sí total a Dios en medio de la vida cotidiana. La ‘feliz sorpresa’ del Hijo no pudo iluminar y sostener la maravilla del mundo. El hombre, representado en el mito de Prometeo, estaba obligado a robar el fuego sagrado del amor para ser libre y a transformarlo en una fuerza al servicio del hombre, contra el Dios impotente y egoísta: “humanismo ateo” del P. H. de Lubac. Ese mito se ha desplomado en su propio holocausto. Y ahora la nada nos turba y espanta, pues la imagen real del Padre y de la paternidad se ha esfumado.

La decisión fundamental de nuestra época se juega, entonces, en volver o no a la plenitud del Amor. Ya no hay espacio para sustitutos. El poder del Dios siempre mayor nos hace capaces de creer que donde abunda el mal, sobreabunda la gracia, donde el naufragio parece cerrar el horizonte, crece la sanación, la salvación, la apertura en el corazón del Padre. La ruptura del fondo nihilista de la modernidad —su intento de depotenciar al Padre para ser adultos y humanos- puede ser la ocasión de un irrumpir nuevo de la misericordia del Padre (*Dives in misericordia*), la posibilidad de una transformación más real y más profunda del mundo, como nos lo enseñó Juan Pablo II. Desde este punto de vista, devenir hijos de Dios significa creer y esperar que en el desconsuelo de nuestra catástrofe, en el tocar fondo

de cada catástrofe, de toda catástrofe, el Padre está dispuesto a decirnos de un modo nuevo su palabra única y definitiva, a realizar la “*eu-catástrofe*” (Tolkien) de su Nueva Alianza: darnos todo donándonos a su Hijo en el Espíritu Santo.

La primera ponencia de este congreso nos ha hecho ver muy bien que Ignacio de Loyola fue el maestro y el santo protector de Hans Urs von Balthasar, a quien él llamaba SPN, *santus pater noster*. Como sabemos, el santo de Loyola se llamaba Iñigo López y cambió su nombre por el de Ignacio en honor de Ignacio de Antioquia. Éste fue un mártir, escribió sus cartas camino al martirio, que para él fue su modo incondicionado de dar testimonio del amor recibido. Él comprendió con toda su existencia y de un modo definitivo que, en Cristo, la muerte es una etapa más del camino hacia la patria, es el momento existencial por excelencia en el que puede crecer el “más” del Amor, y así confirmar su presencia a lo largo de toda la vida. Camino al martirio, Ignacio regresaba al Padre, y en el golpe de la muerte recibía ese abrazo profundamente deseado e incomprensiblemente sorpresivo: el abrazo indeciblemente tierno del Padre a su hijo pródiigo como inicio del banquete celestial.

La fe y el servicio al mundo consisten, ante todo, en permanecer en este abrazo del Padre, en permanecer en sus “dos manos” (el Hijo y el Espíritu, Ireneo) en todo lo que hacemos, pensamos y deseamos, en dejar que toque nuestra carne y nuestra sangre, en dejar que se cumpla su voluntad, en confiar que Él puede transformarnos en sus hijos. Éste es el único y el mejor modo de colaborar en la integración, en la sanación de la ruptura entre el mundo y el amor siempre mayor de Dios. Pues la sanación sólo puede suceder desde el origen, y desde allí es siempre fecunda. El Padre puede y quiere transformarnos en sus hijos, ya ahora, mientras peregrinamos hacia Él. Él puede, en su Hijo, anular definitivamente el límite mortal del pecado y promover el límite de nuestra entrega. Él quiere comenzar siempre de nuevo con cada una de sus criaturas. Sus manos pueden y quieren transfigurar todo, todo lo que existe, en un nuevo inicio. Tal vez por

*Hans Urs von Balthasar*

esto Hans Urs von Balthasar concluye el camino de su trilogía –su volumen sobre *El Espíritu de la verdad*– con las palabras que Ignacio de Antioquia nos dejó peregrinando en sus manos hacia el abrazo definitivo:

“Un murmullo de aguas vivas susurra en mi interior y me dice:  
¡vamos, volvamos al Padre!” (Ad Rom. 7, 2).